

Museo Nacional de Antropología: Antecedentes, reformas; sala y colección teotihuacanas, 1.ª parte 1825-1947

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA
DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 3, núm. 3,

julio - octubre 2022

[https://doi.org/10.22201/](https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3)

[fesa.26832917e.2022.3.3](https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3)



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional

National Museum of Anthropology: Background, Reforms; Teotihuacan Room and Collection, Part 1 1825-1947

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3.229>

 Enrique García-García

Instituto Nacional de Antropología e Historia. Museo Nacional
de Antropología. México

 José Humberto Medina-González

Coordinación Nacional de Memoria Histórica y Cultural de México. México

Recibido: 2 de diciembre de 2021

Revisado: 24 de abril de 2022

Aceptado: 14 de mayo de 2022

“Toda reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley Federal sobre Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos y su Reglamento, por lo que se deberá tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.”

Resumen: El artículo es una profunda revisión de la historia del hoy llamado Museo Nacional de Antropología (MNA), la institución museística más antigua de México. A partir de antecedentes conocidos, profundizamos en aspectos poco investigados

previamente de la forma en la que fue progresando o mejorando la manera en la que la sección de arqueología presentaba al público los diversos objetos de su colección, así como en los criterios con que se clasificaba la colección misma y las diversas disputas académicas que esto generaba. Dicha sección pasó de estar en un cuarto con “escaparates”, a finales del siglo XIX, a ocupar la mitad del antiguo museo en la calle de Moneda –con la creación de salas divididas por filiación cultural– a finales de los años 40 del siglo XX. El texto se concentra en la sala de Teotihuacan, creada en esos años, así como en la historia de su colección.

Palabras clave: Museo Nacional de Antropología; Teotihuacan; Historia de la arqueología mexicana; Colección teotihuacana MNA; Leopoldo Batres.

Abstract: This article is an in-depth review of the history of what is now called the National Museum of Anthropology, the oldest museum institution in Mexico. Based on the known antecedents, we delve into previously little researched aspects of how the archaeology section progressed and improved the way in which it presented the various objects in its collection to the public. As well as the criteria used to classify the collection itself and the various academic disputes that this generated. This section went from being in a room with “showcases” at the end of the 19th century to occupying half of the old museum on Moneda Street – with the creation of rooms divided by cultural affiliation– at the end of the 1940s, XX century. The text concentrates on the Teotihuacan room, created in those years, as well as on the history of its collection.

Keywords: National Museum of Anthropology; Teotihuacan; History of Mexican archaeology, MNA Teotihuacan Collection, Leopoldo Batres.

Queremos dedicar este artículo, dividido en dos partes, a la memoria de Luis Castillo Ledón, quien en 1924 publicó la historia del entonces Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, pues en 1925 se cumplían 100 años de su fundación. En 2025 se cumplirán 200, esperamos no ser los únicos en recordarlo. También queremos dedicarlo a la memoria de Leopoldo Batres que fue uno de los iniciadores y de los arqueólogos que más contribuyeron al crecimiento de la colección teotihuacana del hoy Museo Nacional de Antropología.

El museo es un espacio –principalmente– cultural, casi en cualquier sentido, así como también, de forma prácticamente incondicional, una institución social que necesariamente tiene que desplegar capacidades didácticas y, además, servir de guía al visitante para que acumule cierto conocimiento aunque de una manera que intente ser más atractiva y lúdica –al momento de mostrar novedades o cuestiones

intrigantes o interesantes para el espectador— que una educación tradicional poco atrayente e impuesta. Otro valor, que es de los primeros vinculados a los museos y que seguramente se desprendió de los elementos asociados a los monumentos, además del recuerdo del pasado, fue el exponer, ensalzar o asociar un sentimiento de identidad para un cierto colectivo, ya fuera un reino, un país, una república o incluso una región de éstos. De ahí la temprana tradición de los museos de muchas de las principales capitales del mundo, en los que se han expuesto los méritos o riquezas de naciones o de imperios. El Museo Nacional de Antropología (MNA) nació como el reflejo mexicano de este tipo de desarrollo cultural, lo que significó enormes avances en la creciente actividad de los estudiosos de nuestro pasado nacional, de la misma manera como en tiempo reciente ha sido criticado, entre otros temas, por ser la representación de formas centralistas de ejercer una autoridad cultural en detrimento de las regiones menos centrales y más periféricas del país.

Por eso también es que a lo largo de la historia de los proyectos museísticos para toda la nación llevados a cabo por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), se han corregido ciertas inequidades centralistas, con la puesta en marcha de iniciativas institucionales, que desde hace ya varias décadas han generado y consolidado proyectos como el de los museos comunitarios, que han permitido que incluso pequeñas sociedades rurales puedan establecer acciones con sus autoridades para poder establecer espacios dedicados tanto a la custodia como a la exhibición de restos culturales del pasado que puedan ser del interés general, desde un punto de vista exclusivamente histórico o arqueológico o desde el legítimo interés de la población local sobre elementos centrales de su identidad cultural.

Como hemos podido notar en algunos de los aspectos de la explicación anterior, a lo largo de la historia los museos se han adaptado a un universo inmenso de posibilidades en cuanto a temas expuestos, tipos de colecciones, concepciones didácticas, museológicas y museográficas de cómo llevar a cabo las exhibiciones. También los espacios museísticos están permanentemente propensos al cambio; así como siempre hay que darle buen mantenimiento y limpieza a una exposición, de la misma manera hay que realizar una evaluación constante de su efectividad y vigencia, así como las posibilidades de renovarla para su mejoramiento. Sin embargo, en este tipo de reflexiones y acciones, existe un enorme universo de arbitrariedades en cuanto a las formas e intenciones de crear muestras o modificarlas.

Desde las perspectivas anteriores, es del mayor interés revisar o escudriñar la historia del Museo Nacional de Antropología, porque si examinamos con cierto detenimiento el devenir de sus modificaciones internas, es decir, los momentos en que por diversas razones —que explicaremos más adelante— se tomaron decisiones para renovar la cantidad y calidad de los elementos de interés que se exponían, podemos

ver que en realidad nuestro museo ha sido planeado o montado, prácticamente sólo cuatro o cinco veces. Ampliemos: fuera de algunos cambios puntuales o menores, el museo fue planeado –en pocas ocasiones– como espacio arquitectónico y como montaje de exposición permanente. Estos eventos serán los objetivos principales de esta investigación –que se divide en dos partes– y nos concentraremos, con especial atención en los últimos tres, por ser los que se encuentran menos lejanos en el tiempo y los que más elementos documentales pueden ofrecer. Estos son las reformas de finales de los años 40 del siglo XX; la de la creación y mudanza del antiguo museo en la calle de Moneda al nuevo edificio en Chapultepec, inaugurado en 1964; y las del periodo 1998–2004. Sin embargo, también las descripciones del museo y su sección de arqueología del periodo de 1879 a 1911 –que encontramos– son muy importantes porque hablan del estado del museo después de la reforma de los años 70 del siglo XIX; que, pese a presentar menos documentación relacionada, también es como las otras tres reformas generales, uno de los objetivos centrales de esta investigación. De estas cuatro reformas, veremos aspectos generales para, a continuación, adentrarnos en el análisis de la historia de la colección y sala teotihuacanas, como ejemplo o caso de una de las divisiones o secciones principales de la colección arqueológica del MNA. Es importante señalar aquí que en esta 1.^a parte de la investigación hablaremos del estado de la sección de arqueología del viejo museo a finales del siglo XIX y principios del XX, producto de la reforma de alrededor de 1870, así como de la reforma de 1947. En esta última se crearon las salas divididas por filiación cultural, aunque las colecciones ya se habían empezado a clasificar así desde algunos años atrás. Estudiaremos también, como objetivo que se desprende de los anteriores, el caso de la colección y sala teotihuacana, de su evolución en estos procesos.

Además, estas cuatro remodelaciones o reformas, parece que son en las que se hicieron trabajos a mayor escala museográfica, debido a que en buena parte de su historia, el museo ha estado sometido a las tempestades políticas de conflictos armados y las consecuencias, sobre todo económicas, que estos enfrentamientos acarrearán para todo el país. Las invasiones estadounidense y francesa, las sendas restauraciones republicanas, la guerra entre liberales y conservadores –entre las invasiones mencionadas–, el periodo final de Juárez, la decadencia del Porfiriato, la Revolución, etc.

Cabe aquí hacer la aclaración de que en este trabajo, al hablar de la historia del actual Museo Nacional de Antropología, nos referimos a la historia de la institución en un sentido amplio, ya que en sus cambios ha tenido varios nombres, desde que fuera creada en 1825 con el nombre de Museo Nacional Mexicano (MNM). En este trabajo nos concentraremos en la organización que tenía el museo entre 1909 y 1946, aproximadamente, época en la que su nombre cambió al de Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (MNAHE); así como en los cambios que

incitaron, en 1947, a que se rebautizara con su nombre actual, Museo Nacional de Antropología (MNA), y se plateara la organización que mantiene algunos elementos desde esa fecha hasta ahora.

Este trabajo se trazó –como uno de sus objetivos principales– como una revisión, hasta donde fuera posible, de la primera vez que se planeó y reestructuró, la vetusta institución del Museo Nacional como un museo renovado que se concentraría exclusivamente en los estudios antropológicos de la República y, desde ese momento, agregaría a su nombre original de Museo Nacional el apellido –figurativamente– de Antropología y abandonaba Arqueología, Historia y Etnología, que eran los que había llevado desde su reforma anterior. Nos parece muy importante resaltar esa reforma de 1947, debido a la importante obra que representó en cuanto a la ampliación de colecciones y muestras arqueológicas, que es otro de los ejes fundamentales de esta investigación, además de ser una reestructuración que prácticamente no es mencionada en los trabajos anteriores de historia del MNA.

Repasaremos, como adelantábamos, como caso de estudio particular, la historia de la colección teotihuacana –una de las más antiguas del país– así como la de la Sala de Teotihuacan del actual museo, en la 2.^a parte del trabajo, y, hasta donde nos sea posible, del espacio donde se exponía el material arqueológico teotihuacano en el antiguo museo de la calle de Moneda, que es un caso paradigmático de este proceso en el que se crearon las salas arqueológicas del museo divididas por filiación cultural. Paralelamente haremos una revisión histórica o cronológica de la forma y la unidad o diversidad de criterios con los que se ha ido reuniendo la colección arqueológica teotihuacana del Museo Nacional de Antropología, así como la evolución de los criterios y objetivos con los que se ha elegido el material para la exposición al público, al igual que las directrices museográficas con las que dichas muestras se han expuesto, desde la fundación del antiguo Museo Nacional en 1825 hasta la última reestructuración de las diversas salas arqueológicas del museo al inicio del nuevo milenio. En la 1.^a parte desde 1825 a 1947 y en la 2.^a desde 1947 hasta 2004 se ha intentado reconstruir a través de material documental publicado, así como del resguardado en el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA) la larga historia de la sucesión de adquisiciones de colecciones privadas con material de filiación teotihuacana, así como de la acumulación de colecciones procedentes de diversos proyectos arqueológicos que trabajaron en Teotihuacan, o en sitios con influencia de esta gran ciudad del clasicismo mesoamericano, que tuvieron como destino la colección teotihuacana del museo. También intentaremos reconstruir los cambios en las exposiciones permanentes del material teotihuacano que produjo la llegada de colecciones con objetos de Teotihuacan al museo.

En cuanto a la reforma de 1947, haremos un recuento de las razones que llevaron a la creación de una serie de salas, al final de la década de los 40 del siglo xx, divididas por criterios de filiación cultural para la exposición de la colección arqueológica del museo, cuando todavía éste se encontraba en la calle de Moneda, en el centro de la Ciudad de México. Continuaremos con el análisis de cómo se creó la sala teotihuacana de dicho museo y, hasta donde es posible, reconstruimos el espacio que se le destinó a la primera sala exclusivamente con material de filiación teotihuacana, así como qué parte de dicha colección se expuso al público y con qué criterios museográficos se dejaron atrás muestras que todavía tenían mucho que ver con los gabinetes de colecciones de antigüedades, que tanto en Europa como en México serían el antecedente ineludible de las exposiciones museísticas de los últimos años del siglo xix, así como en los primeros años del siglo xx. Posteriormente, las condiciones de la exhibición de las piezas fueron mejorando, debido a la necesidad de especializar los espacios de los museos.

En la 2.^a parte de esta investigación, revisaremos, hasta donde los documentos que consultamos nos permitieron, cuáles han sido algunos aspectos de las modificaciones y actualizaciones que ha sufrido la sala teotihuacana del museo, desde que fue creada en 1964 para la inauguración del nuevo edificio del Museo Nacional de Antropología en el Bosque de Chapultepec. También a lo largo de dicho recuento, hablaremos de algunas de las investigaciones que se realizaban en México a mediados de los años 60, que fueron de las últimas excavaciones que aportaron nuevos materiales a la colección teotihuacana del museo, aunque en una cuantía muy importante, como fueron las excavaciones que realizaron Laurette Séjourné, Ignacio Bernal, Jorge Acosta o Román Piña Chán en Teotihuacan. Algunas de las colecciones que se agregaron a la colección teotihuacana, al final de su crecimiento, eran de las primeras que se habían excavado y registrado con mayor detenimiento y detalle, en donde se refuerza el carácter científico del trabajo arqueológico.¹ Después de este esfuerzo por incrementar las colecciones del museo, en general, las concepciones respecto a este asunto cambiaron y se favoreció que hubiera museos en capitales estatales, así como en comunidades menores. Lo que hizo que muchas de las colecciones de sitios o regiones trabajadas o excavadas posteriormente se depositaran en centros o museos regionales tanto para su estudio como para su exhibición. Sin embargo, la última colección, que al parecer se ha agregado a la teotihuacana, es la proveniente de lo que se llamó Plaza Bancomer, que viene de un interesantísimo sitio con ocupación del periodo clásico de cultura material completamente teotihuacana.²

¹ Díaz Oyarzabal 1991a, 13.

² Díaz Oyarzabal, 1991b.

En la 2.^a parte revisamos la historia de la catalogación de la colección, así como exponemos algunos de los problemas a los que se ha enfrentado el control del material almacenado, en cuanto a procedencia de los objetos y la forma en la que el museo las adquirió, es decir, si fue una colección comprada o donada, o si fue producto de excavaciones con un registro arqueológico.

También hablaremos de ciertos elementos similares o comparables que se dieron en las planeaciones o montajes de las exposiciones permanentes del museo en la reestructuración que de aquí en adelante llamaremos del 1947 y el montaje de las muestras que se instalaron en el entonces nuevo museo del Bosque de Chapultepec en 1964. Esto seguramente se desprende del hecho que alguna persona estuvo involucrada en ambos eventos, así como también en algún otro caso había, entre los participantes en la planeación y el montaje en 1964, alumnos, seguidores e incluso parientes bastante cercanos de gente que intervino en la reforma de 1947, la cual nos parece que fue una iniciativa realmente significativa que merece un análisis con mayor detenimiento.

Curiosamente, el trabajo realizado a finales de los años 40 que parece haber sido una de las grandes innovaciones de la planeación y el montaje del museo, fue obra del pintor Miguel Covarrubias, apodado “el Chamaco” (caricaturista del *New Yorker* y genial ilustrador), quien al mezclar tradiciones de la cartografía y de las artes plásticas creó un estilo pictórico tan singular como importante, en cuanto a la capacidad de instruir al espectador, que era informado con gran precisión sobre diversos hechos topográficos, ambientales y arqueológicos y que, además, se maravillaba ante la belleza y maestría de la técnica pictórica de los cuadros en cuanto a la representación de territorios, flora, fauna y diversos artefactos y monumentos arqueológicos. Sería su hermano, Luis Covarrubias Duclaud, quien le diera continuidad a esa labor.³

³ Apodo que, de acuerdo con lo que nos dijo nuestro buen amigo, el director del MNA, el Dr. Antonio Saborit (gran conocedor sobre arte del siglo XX) venía del hecho que Covarrubias tenía un apetito dulcero voraz, es decir, que este genial pintor era adicto al azúcar, debilidad que tristemente uno de nosotros comparte con el famoso chamaco.

Antecedentes de la historia del Museo Nacional Mexicano

Pese a que el objetivo central de este artículo es revisar propiamente la historia del Museo Nacional, con sus diversas variantes, es igualmente interesante recordar que también es del mayor interés adentrarse en las motivaciones de los personajes que fueron los claros antecedentes de la concentración o elaboración de colecciones vinculadas, sobre todo a la arqueología o cómo se ha visto tradicionalmente a la arqueología en México; casi siempre relacionada a la historia prehispánica o al México antiguo, que de hecho hasta que se acuñó el concepto de Mesoamérica, parece haber sido el término preferido por los intelectuales novohispanos y mexicanos de finales del siglo XVIII y del siglo XIX.

El final del siglo XVIII, muy bien caracterizado por don Ignacio Bernal, en su célebre *Historia de la arqueología en México*,⁴ hizo confluír diversas vanguardias o modas intelectuales en la Nueva España que favorecieron el interés activo en el estudio del periodo prehispánico y de sus tradiciones culturales, documentos e incluso ruinas (en buena medida auspiciado por un nuevo emperador, Carlos III, embelesado con la arqueología desde sus días de rey de Nápoles y promotor de las excavaciones de Pompeya y Herculano, entre otros sitios). Interés que existía en insignes intelectuales novohispanos de la época como don Carlos de Sigüenza y Góngora. Sin embargo, Carlos III, como buen déspota ilustrado de la familia Borbón, viene a ser el arquetipo de esta definición autócrata del Estado (cuyo desapego popular terminó con algunos de sus antepasados franceses en la guillotina); no sólo era un hombre muy culto, sino que al igual que sus familiares, era una persona tremendamente gastadora, dilapidadora o inversora, como se quiera ver. Por tanto, no sólo su auspicio de la investigación arqueológica en la Nueva España podía haber levantado ciertas concepciones alejadas del hispanismo católico, sino que su importante incremento en los impuestos a las colonias americanas, en la forma de las tristemente famosas reformas borbónicas, generó no sólo los clásicos sentimientos nacionalistas o regionalistas contra una metrópoli demasiado exigente, sino que muy probablemente motivó sentimientos de independencia fiscal, aunados a los sentimientos de ultraje que sentían los criollos al no poder ocupar los principales cargos de la administración pública novohispana.⁵

⁴ Bernal 1979.

⁵ Florescano y Gil 1981, 471-589.

Este ambiente intelectual estaba muy influido por un lado, del enciclopedismo francés que había representado una revolución científica en las mentalidades de casi todas las sociedades occidentales, incluso de los sectores religiosos con mayor actividad en el campo intelectual, como podían ser los jesuitas. Por otro lado, estaba esa tradición coleccionista italiana vinculada primeramente al Renacimiento y a estudiar el clasicismo romano y griego, que generaría el comienzo de muchos gabinetes de antigüedades ligados a los nobles de los ducados, reinos o repúblicas medievales de la península itálica. Éstas eran dos de las tradiciones que generaron en Europa el inicio de la arqueología científica o por lo menos el franco camino hacia ella, dado que después de una primera época de búsquedas destructivas de esculturas clásicas, se dieron cuenta que la arquitectura que destruían, al buscar esculturas, era igual de importante que éstas.⁶

En la entonces Nueva España, se manifestaban dos tendencias que parecen prevalecer, de alguna manera, entre el gremio ampliado que estudia la historia. Estas son dos perspectivas: el hispanismo y el indigenismo. Podríamos decir que en ese momento el hispanismo se mostraba como muy extremo en personajes como Lucas Alamán, que era un historiador sin ningún interés en el México prehispánico. Estaban sus antípodas teóricos y prácticos en esta cuestión, que vendrían a ser personajes como Sigüenza y Góngora o Chimalpain. Gente culta ligada a los restos de élites indígenas, que se habían hecho a las maneras europeas, pero que su interés fundamental era estudiar su propia historia, por muchas razones que podríamos nombrar, proponer o interpretar, entre las que parece resaltar, o ser muy significativa al menos, la sensación o el sentimiento de la pérdida.⁷

En el excelente tratado de Bruce Trigger sobre la historia de la arqueología desde un punto de vista teórico, se muestra que para varios momentos y lugares este sentimiento de extravío puede ser uno de los elementos que ha generado algunas de las iniciativas más decididas e importantes para realizar grandes proyectos de recuperación del pasado histórico. Los primeros trabajos de coleccionismo de documentos y antigüedades en Inglaterra estuvieron marcados por la disolución forzada de la vida monacal y, por tanto, de monasterios y conventos de Inglaterra y otras partes de las islas británicas, impuesta por la reforma y conversión protestante en el cristianismo inglés y la derrota de los ejércitos vinculados al poder papal y a las comunidades que se mantuvieron dentro del catolicismo en dicho archipiélago.

⁶ Trigger 1992, 36-76.

⁷ Bernal 1979.

Este fenómeno afectó negativamente a la población, aunque fuera sólo parcialmente, incluso a poblaciones no tan afectas al Vaticano.

Así, un interés previo que existía en Inglaterra por las antigüedades fue renovado y reforzado por la prohibición de las comunidades religiosas católicas, durante el reinado de Enrique VIII. Esto acabó con muchas de las primeras colecciones de documentos escritos, hecho que muy pronto intentó ser subsanado por interesados en la historia y en otras disciplinas del conocimiento humano que se dieron a la tarea de volver a reunir algunas de las colecciones que se habían desmantelado.

Al igual que entre los italianos, pronto se empezaron a ver también los edificios de un tiempo pasado como monumentos que había que conservar y estudiar. Gracias a estas iniciativas comenzaron a surgir personalidades como John Leland y William Camden que se dedicaron a realizar registros topográficos, con los medios técnicos de su época, sobre las edificaciones antiguas del pasado que se podían encontrar en diversas comarcas inglesas y del País de Gales, así como recopilar las leyendas que había en torno a estos viejos túmulos, montículos, fortalezas y ruinas en general.⁸

John Aubrey fue otro de los importantes anticuarios ingleses del siglo XVII; fue de los primeros en hacer descripciones de Stonehenge, el sitio arqueológico más importante y conocido de Inglaterra. También estudió otros importantes monumentos megalíticos como Avebury, siendo pionero en interpretar estos restos como un antiguo lugar sagrado donde los druidas de tradición celta realizaban sus rituales.⁹

En el caso mexicano la sensación de pérdida seguramente es de mayor magnitud, dado que no sólo se suplantó una interpretación del cristianismo y sus centros culturales por otra, sino que había casi desaparecido un mundo cultural completo, en favor de una imposición por conquista que parecía haber borrado incluso los fundamentos más básicos de la vida pretérita. El lenguaje, la vestimenta, la religión, la arquitectura, muchos elementos de la propia alimentación, etc. La influencia española y por extensión europea, parecía haberlo trastocado todo.

Seguramente, este enorme sentimiento de despojo y de necesidad de comprender ese pasado a partir de los restos que se conservaban y podían encontrar fue lo que llevó a Ixtlixóchitl, Sigüenza y Góngora y Chimalpain a ir recuperando documentos sobre el pasado prehispánico.

⁸ Trigger 1992, 53-54.

⁹ *Ibidem*, 54.

La organización del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología a finales del siglo XIX y principios del siglo XX

El Museo Nacional de Antropología representa la continuación de una de las primeras instituciones culturales creadas en la naciente República mexicana en 1825, por Guadalupe Victoria, primer presidente. En sus inicios el Museo Nacional fue la institución en la que se depositaron las primeras colecciones artísticas, naturalistas, históricas y arqueológicas de la nación. Hasta 1866 el museo y sus acervos se encontraban en la Real y Pontificia Universidad de México,¹⁰ en donde desde hacía tiempo se había destinado uno de los salones para alojar los “restos de la antigüedad mexicana”,¹¹ en el que destacaban piezas como la escultura de la Coatlicue,¹² hallada en 1790, y poco tiempo después investigada por el erudito mexicano León y Gama, cuyos estudios publicó dos años más tarde.¹³

En 1866, en los tiempos de la ocupación francesa de México, el emperador Maximiliano ordenó que las colecciones pasaran a la antigua Casa de Moneda en el centro de la Ciudad de México,¹⁴ (foto 1) en donde el museo permanecería hasta la construcción –en el Bosque de Chapultepec– de un nuevo edificio para alojar y exhibir sus acervos arqueológicos y etnográficos, inaugurado en el mes de septiembre 1964.¹⁵

¹⁰ *Guía Oficial, Museo Nacional de Antropología* 1989, 10.

¹¹ Achim 2011a, 152. Para los decretos e importantes propuestas de Lucas Alamán, entonces ministro de Relaciones Interiores y Exteriores de la nueva República mexicana que condujeron a la fundación del primer Museo Nacional y una descripción de sus salas en sus tres primeras décadas también véase en esta publicación las pp. 153-162.

¹² Castillo Ledón 1924, 7; Bernal 1979, 125.

¹³ “... que con las antigüedades que se han extraído de la isla de Sacrificios y otras que existan en la capital se forme un Museo Nacional y que a este fin se destine uno de los salones de la Universidad, erogándose por cuenta del Gobierno Supremo los gastos necesarios...”, véase Castillo Ledón 1924, 11; Achim 2011b, 182 y De León y Gama 2009.

¹⁴ Rico 2004, 123.

¹⁵ Serra Puche 1997, 8.

Foto 1. Fachada de viejo Museo Nacional en la calle de Moneda



(Sin número F02F) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura, INAH, México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

En esa fecha, las colecciones del antiguo museo estaban divididas en secciones con base en las distintas disciplinas científicas de estudio: zoología (foto 2), botánica, anatomía comparada, etnografía, antropología física y la sección,¹⁶

¹⁶ Castillo Ledón 1924, 21-24; Castro-Leal *et al.* 1986, 10-11.

aunque también algunas de las esculturas talladas en piedra estaban desde hacía tiempo colocadas al aire libre en su patio principal.¹⁷

Foto 2. Sección de zoología del viejo museo



(F01A_00774) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura, INAH, México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

Sin embargo, habría que precisar que la iniciativa de Maximiliano, debido a la convulsa situación política y económica que vivía el país, al parecer sólo quedó en que las colecciones del museo se embalaran y trasladaran a la antigua Casa de Moneda, dado que no hubo condiciones para volver a montar las exposiciones del museo. Llegada la restauración de la República, las situaciones de precariedad económica, después de una invasión extranjera y de una guerra por recuperar la independencia, así como el territorio nacional de forma íntegra, seguramente tampoco permitieron que se dispusieran recursos para hacer los trabajos necesarios para reabrir el museo en su nueva sede.

¹⁷ Solís 2004a, 64.

Después de las crisis derivadas de la intervención francesa en México, siguieron otros años de dificultades políticas debido a la etapa final tanto del gobierno de Benito Juárez, como de su vida. Esta etapa, un poco menos convulsa que la anterior, pero que también fue muy problemática, terminó con la llegada al poder presidencial de otro oaxaqueño; con la presidencia de Porfirio Díaz y el interés que él ve en la arqueología como una actividad científica moderna, así como un medio de promocionar al país y a su persona, se da el interés gubernamental suficiente, así como la estabilidad política y económica, para emprender el proyecto de hacer, finalmente, el montaje de las exposiciones del Museo Nacional Mexicano en su sede de la calle de Moneda.

Debido a las razones antes expuestas, son de gran interés los documentos con que trabajaremos a continuación, ya que muestran cómo estaba organizada la exposición permanente del museo en los años posteriores al que parece ser, ya casi sin lugar a duda, el primer montaje, de verdadera categoría e importancia del museo en su sede de Moneda, o la primera instalación de las colecciones del museo en exposiciones permanentes.

Muchos elementos de la estructura de las muestras permanentes se van a mantener así, desde 1870 o 1871 hasta los años cuarenta del siglo xx. Con excepción de las áreas afectadas por el retiro de las colecciones de ciencias naturales, que a principios del siglo xx fueron llevadas al nuevo Museo de Ciencias Naturales, que estaba en lo que hoy conocemos como el Museo del Chopo que; como explicaremos más adelante, generó gran polémica entre los investigadores del museo.

Para 1879, las salas de exposición de las colecciones del museo estaban ordenadas en tres secciones: la época anterior a la llegada de los españoles, la época colonial y la época de la independencia.¹⁸ Las colecciones arqueológicas se exponían en la famosa “Galería de los Monolitos” (Foto 3), oficialmente inaugurada el 16 de septiembre de 1887 y que según Galindo y Villa:

Constituye en su género la primera galería arqueológica del país y de toda América Latina. Los ejemplares expuestos son todos originales, y procedentes de diversos lugares de la República, ya de excavaciones, ya de ruinas, ya de donaciones particulares. Las piezas arqueológicas en número son más de 350, están distribuidas sobre pedestales, ménsulas y grandes rinconeros, todos con su número de catálogo.¹⁹

¹⁸ AHMNA, Vol. 4, Exp. 39, f. 236 y Rico 2004, 127.

¹⁹ Galindo y Villa 1896, p. 9 y Solís 2004a, 70-71.

Foto 3. Galería de los monolitos



(F01A_00555) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura, INAH, México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

Era en esta galería donde se exhibía la losa esculpida denominada la “Cruz de Teotihuacan”, que el viajero francés Désiré Charnay –durante su segunda expedición a México– recuperó de sus excavaciones realizadas en 1880 en el “Palacio Tolteca” al sur de los Subterráneos en Teotihuacan por un acuerdo firmado con la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública (SJIP).

El día 18 de noviembre 1881, el periódico *la Voz de México* en su sección “Miscelánea”, publicó una carta de Charnay –originalmente editada en el diario *el Siglo Diez y Nueve*–, donde expresó sus intenciones de donar al Antiguo Museo una de esas losas esculpidas que por circunstancias extrañas se encontraba en un mesón de San Juan Teotihuacan y que quizá él dejó ahí; después, esa losa una persona desconocida se la llevó a su domicilio, aquella que posteriormente se transportó al Museo Trocadero en París, Francia (hoy Musée du quai Branly - Jacques Chirac). Pero mejor dejemos al explorador francés explicar su olvido de una de las denominadas cruces de Teotihuacan:

México noviembre 18 de 1881.

Descubrimiento interesante. Una persona a quien mucho conocemos dice El Siglo ha recibido una carta que luego publicamos. Hoy hemos visto la losa a que dicha carta se refiere.

México, noviembre de 1881.- Señor.- Me ha pedido ud. mi parecer respecto de una gran losa esculpida, que ha encontrado un mesón de San Juan Teotihuacán y que ha hecho transportar a su casa. Esta es la primera losa sepulcral que se haya descubierto en México, y procede del palacio que yo he exhumado al año último en Teotihuacán y estoy persuadido de la importancia de esta pieza única que he avisado inmediatamente al Sr. Orozco y Berra con el objeto de que la estudie. Del mismo modo he prevenido al Sr. G. Mendoza el sabio director del Museo con el objeto de que hiciese transportar este monumento a su colección; y me siento muy orgulloso, por ofrecer a la República un monumento tan precioso para mí; podría haberlo tomado, pero que me limitaré a sacar un molde.

Ésta es una prueba, como muchas otras que podría citar, de que yo no he venido a despojar a México, sino a enriquecerlo, y en esto respondo victoriosamente a las personas mal intencionadas que no conociendo sin duda mi misión, ni mi persona me tratan descaradamente como un despojador y de vándalo.

El monumento de que hablo, fue, según parece olvidado, y no puedo menos que agradecer ud., en nombre de la ciencia, que le haya sacado de un lugar donde infaliblemente hubiera sido destruido por los arrieros, pasajeros y pillastres.” – Désiré Charnay.²⁰

Aunque se desconoce el nombre de la persona que movió el anterior monolito a su domicilio, el lugar donde se encontraba éste, así como la fecha y quien finalmente transportó el primero al antiguo museo en Moneda, sí se pueda afirmar con toda certeza que ésta es la primera pieza escultórica de tamaño considerable dentro de la colección teotihuacana del MNA que entró al establecimiento procedente de una exploración autorizada por el gobierno mexicano, pero que en cuanto a los términos de la ley sobre el traslado y exportación de objetos arqueológico fuera de México, la investigación que se le autorizó a Charnay, generó en los siguientes años todo un intenso y acalorado debate en la Cámara de Diputados.²¹

²⁰ Díaz y Ovando 1990, 51.

²¹ *Ibidem*, 51-52.

También a partir de la información consultada en el AHMNA se puede señalar que la segunda gran escultura de dimensiones considerables y procedente de las ruinas de Teotihuacan que entró a la Galería de los Monolitos fue la “Piedra de Sacrificios, Diosa del Agua o *Chalchitlicue*” (Foto 4) cuyo traslado desde allá hasta el antiguo museo lo realizó Leopoldo Batres –desde agosto de 1885 hasta el 11 de abril de 1866– en nueve meses.²²

Foto 4. Chalchitlicue



(F02B1_00200_1) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura.-INAH.- México. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

²² Batres 1890 y Herrera 1997, 181-182.

Varias décadas antes de que se transportara al museo, el monolito ya era bien conocido por las publicaciones de la primera mitad del siglo XIX y de antes (Foto 5), y por los trabajos realizados en Teotihuacan durante el segundo imperio por Almaraz, quien encabezó la Comisión Científica de Pachuca e inició las primeras intervenciones de liberación del depósito arqueológico en el que yacía originalmente la gran escultura.

Foto 5. Chalchitlicue “*in situ*”



(603662) Fototeca Nacional. Secretaría de Cultura, INAH, México. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

Entre los años ya referidos, Leopoldo Batres se encargó del traslado de la escultura, apoyado por un cuerpo militar. La llegada, colocación y exhibición de la inmensa escultura en la Galería de los Monolitos (Foto 6) es importante ya que Batres escribió un detallado informe sobre su movimiento desde el lugar de donde la exhumó.²³

²³ AHMNA, Vol. 9, Exp. 14, f. 40-45 y “Traslación a México del Monolito de la ‘Diosa del Agua’, INAH, BNAH, SD, Archivo Leopoldo Batres. En la planoteca y mapoteca del INAH-ATCNA, se encuentra un dibujo a mano con fecha de 5 de octubre de 1916 que muestra un croquis, planta y calas del lugar donde se extrajo el monolito de la diosa, véase caja Estado de México, Teotihuacan, número de inventario original xxv-5, legajo #1.

Foto 6. Chalchitlicue en la Galería de los Monolitos



(F01A_00760) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura, INAH, México. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

En el INAH-AHMNA se encuentra la documentación de la entrega formal que hizo Batres de la escultura a Francisco del Paso y Troncoso, que en ese entonces era el director del museo y de tal relevancia fue la recepción del monolito que el mismo presidente de la República ordenó a sabios de la época, como don Alfredo Chavero, hacer el estudio correspondiente.²⁴

Aunque ya sabemos que desde los años de 1884 a 1886 Batres realizó visitas periódicas a Teotihuacan, se dedicó a recoger varios de los monumentos arqueológicos transportables que se encontraban en sus alrededores y los trajo a la Ciudad de México, en el INAH-AHMNA hay documentación de los años de 1889 y 1890 de las esculturas y otras piezas que transportó de esas ruinas y depositó en el antiguo Museo

²⁴ AHMNA, Vol. 9, Exp. 25, f. 60-61.

Nacional.²⁵ Así mismo, el documento fechado con 8 de enero de 1901 titulado “Noticia definitiva y completa de las listas de los objetos arqueológicos entregados al último por el Inspector de Monumentos Leopoldo Batres” da cuenta de varios de los objetos que también trasladó de las ruinas y finalmente entregó al museo.²⁶ También se debe recordar que en el primer libro que publicó Batres sobre Teotihuacan en 1886, hay tres láminas que muestran figurillas en cerámica, piezas de alfarería e instrumentos líticos de su colección que trajo de esas ruinas entre 1884 y 1886, y que entregó al Museo Nacional.²⁷ En una foto publicada por Seler del Museo Nacional en 1915, todavía había un escaparate que contenía vasijas de cerámica traídas de Teotihuacan de la colección Batres.²⁸

Otra pieza arqueológica de Teotihuacan existente en este museo y que tempranamente fue publicada, se debe al renombrado pintor José María Velasco, quien en el año de 1884 dibujó una vasija al fresco que muestra en una de sus caras una mariposa de frente con anteojeras, antenas, probóscide y alas extendidas y, en la otra, un agrupamiento de cerros –hoy identificados con el Cerro de los Mantenimientos– flanqueados por dos flores.²⁹ Su acuarela original que lleva su firma y el año de su elaboración y hoy se encuentra resguardada en el INAH, en la Subdirección de Documentación de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (SDBNAH), se reprodujo a color en la obra sobre Teotihuacan que Antonio de Peñafiel editó en 1900,³⁰ y sólo a tinta en el artículo publicado por Seler en 1915,³¹ en el que el estudioso alemán escribió que esa pieza de cerámica era de la Colección Gumecindo Mendoza, Museo Nacional. También en el *Catálogo de las Colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional*,³² que Seler y Jesús Sánchez publicaron en 1882, indicaron que en la Sala de Pintura había tres cuadros al óleo de las pirámides de Teotihuacan (los numerados 13, 14 y 15), también obra de Velasco que le fueron encargados y pagados en 1878 por esta institución;³³ además de esos, el pintor realizó otros dibujos a lápiz también con vistas de esas pirámides, que un año antes

²⁵ AHMNA, Vol. 9, Exp. 14 fs. 40-45 y Exp. 23, f. 58.

²⁶ AHMNA, Vol. 10, Exp. 53, fs. 253-25; Lahirigoyen 1992, 5.

²⁷ Batres 1886.

²⁸ Seler 1998 [1915], Plate LI.

²⁹ Pieza en bodega, INAH-MNA, 10-78202, MNA, 9.0-00756.

³⁰ Peñafiel, 1900, Lámina 22.

³¹ Seler 1998 [1915], 178 a y b.

³² Consultar en la reedición parcial del catálogo en el capítulo IV en Morales 1994, 150.

³³ AHMNA, Vol. 3, Exp. 35, fs. 210-212.

publicó, Gumecindo Mendoza en un artículo que apareció en los *Anales del Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnología*.³⁴

En el informe de 1898 realizado por Jesús Galindo y Villa,³⁵ se describe cómo estaba organizada la colección arqueológica y aquella Galería de los Monolitos. Así, el material arqueológico estaba dividido en 17 escaparates (foto 7) en los que se colocaron objetos que habían sido clasificados como de la misma cultura o de la misma materia prima.

Foto 7. Vitrinas arqueología



(F01A_00105_2) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura.-INAH.- México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

³⁴ Mendoza 1877, [Vistas de las] "Pirámides de Teotihuacan", 2 láminas a lápiz.

³⁵ AHMNA, Vol. 10, Exp. 34, f. 117-147.

A continuación hablaremos en detalle de cada escaparate.

En el escaparate I estaban los objetos asociados con la “Civilización Tolteca” (fotos 8 y 9). Entre paréntesis consignaban otros elementos étnicos y geográficos asociados a dicho material, en este caso sobre los aztecas, el Valle de México y cercanías.

Foto 8. Vitrina o escaparate “toltecatl” 1



(450896) Fototeca Nacional. Secretaría de Cultura, INAH, México. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

Foto 9. Vitrina o escaparate “toltecatl” 2



(450846) Fototeca Nacional. Secretaría de Cultura.-INAH.-México. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

La mayoría de las piezas descritas someramente presentan, en dicha relación las medidas de éstas. La procedencia de los objetos muchas veces no se consignaba, pero en las que sí, generalmente eran de Teotihuacan. Es interesante la mención de 30 “vasos alargados sensiblemente cilíndricos apoyados sobre tres pies”. Dentro de la vaguedad de la mayoría de las referencias, estas descripciones por lo menos nos permiten suponer que si son vasos trípodas de Teotihuacan es muy probable que sean del periodo Clásico y que algunos de ellos aún pertenezcan a la colección teotihuacana del museo (Foto 10).

Foto 10. Vasos trípodas teotihuacanos, viejo museo



(350182) Fototeca Nacional. Secretaría de Cultura, INAH, México. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

Ciertamente sería difícil determinar la procedencia de la parte más antigua de la colección, aunque por eliminación con otras mejor conocidas y registradas, normalmente de adquisiciones mucho más recientes, se podría separar ese núcleo antiguo del conjunto.

En el escaparate II había también objetos clasificados como de la civilización tolteca, pero en este caso eran casi exclusivamente figurillas, silbatos y otras pequeñas piezas cerámicas que no fueran vasijas.

En el escaparate III había principalmente objetos de industrias líticas, al igual que algunos cascabeles de cobre. A diferencia de los escaparates anteriores, los materiales de éste procedían de diversas partes del país por lo que en este caso el criterio de clasificación era el tecnológico.

En el escaparate IV había objetos de diversa factura clasificados como mayas y seguramente procedentes del sureste mexicano o de la Centroamérica septentrional.

En el escaparate V había materiales clasificados como “Acolhuas” principalmente cerámicos, pero de otras materias primas también. Prácticamente no se consignaban las procedencias, aunque un teponaxtle de madera sí se decía que venía de Ozumba.

El escaparate VI contenía objetos atribuidos a la “Civilización Azteca”. Las procedencias no se restringían a materiales de la Ciudad de México ya que también había objetos de los estados de Oaxaca y Puebla.

En el escaparate VII se presentaban piezas de las civilizaciones cholulteca y tlaxcalteca a las cuales no se les asignaban procedencias, porque sus ámbitos geográficos están más claramente definidos.

En el informe que consultamos no se consignaba con claridad para qué tipo de material estaba reservado el escaparate VIII.

En el escaparate IX había objetos clasificados como tarascos por lo que igualmente que en el caso de las colecciones cholulteca y tlaxcalteca no parece haberse dado importancia a consignar las procedencias del material.

En el escaparate X había objetos clasificados como de la “Civilización Mexicana” y eran materiales de diversa factura.

En el escaparate XI había objetos clasificados como de “Diversas Razas de los Estados Unidos”, sin embargo, y por vaga que pueda ser dicha referencia espacial, tampoco están registrados los lugares de donde provenían las piezas.

Parece ser que en el escaparate XII había exclusivamente artefactos líticos, pero de muy diversas procedencias como: Valle de México, Jalisco, Yucatán y la Ciudad de México.

Los escaparates XIII, XIV y XV tenían material clasificado como de la “Civilización Mexicana”. En el XIII y XV había objetos hechos de muy diversos materiales, sin embargo, en el escaparate XIV sólo había objetos de piedra.

El escaparate XVI estaba reservado para materiales clasificados como de la “Civilización Zapoteca”.

El último escaparate era el XVII, en el que había objetos clasificados como de la “Expedición Charnay”, seguramente materiales que el renombrado viajero francés de la segunda mitad del siglo XIX donó al museo.³⁶ Es realmente de llamar la atención que la expedición de dicho estudioso de las antigüedades mexicanas haya tenido tal impacto en la academia y sociedad de nuestro país que se haya destinado un espacio de exhibición tan privilegiado para dicha iniciativa.

Quizás algunos de los objetos recolectados en Teotihuacan, se exhibían en dos escaparates. En el escaparate I, se encontraban, como ya mencionamos, 30 vasos trípodes cilíndricos clasificados como toltecas; probablemente los extrajeron gente como Leopoldo Batres o Desireé Charnay en sus excavaciones en esas ruinas. Mientras que en el último escaparate donde estaban reunidos objetos recuperados por el explorador francés, todavía no está claro si eran los que había traído de su paso por los volcanes Popocatepetl e Iztacihuatl,³⁷ de las excavaciones antes señaladas en Teotihuacan o de aquellas que también ejecutó en los vestigios de Tula, Hidalgo.³⁸

En el año de 1906 se publica la *Guía descriptiva del Museo Nacional de México* elaborada por los profesores del establecimiento; mencionan que el museo se encuentra dividido en cuatro departamentos: I. Arqueología, II. Historia Natural, III. Antropología y Etnografía, IV. Historia de México. El departamento de arqueología se había subdividido en dos secciones, la A. Galería de los Monolitos y la B. Sección de Cerámica, Reproducciones y Piezas arqueológicas diversas (Foto 11).

³⁶ *Idem.*

³⁷ Solís 2004a, 75 y Díaz de Ovando 1990, 13 y 15.

³⁸ *Ibidem*, 15-16.

Foto 11. Vitrinas del salón de arqueología



(F01A_00571_2) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura.-INAH.-México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

En la primera se distribuían aproximadamente 400 piezas arqueológicas y una parte considerable de las esculturas exhibidas ahí, en el catálogo fueron descritas de una manera muy somera y en algunos casos se proporcionó la información del lugar de donde las habían traído como fue en la pieza número 171, la diosa monolítica de Teotihuacan.³⁹ Por su parte, la segunda sección, también estaba dividida en dos partes dentro del museo. La primera estaba integrada por las colecciones arqueológicas de la planta baja, y una segunda se componía por las colecciones de entresuelo cuya cantidad era mayor y, según el catálogo, eran más importantes

³⁹ "171.- Diosa Monolítica.- Figura colosal, de traquítica anfibólica. Aún no está convenientemente interpretada, dividiéndose las opiniones sobre la verdadera representación del monumento. En el pedestal que la sustenta tiene impuesto el nombre de *Omecihuatl* (la mujer-dos). Véase *Breve guía descriptiva del Museo Nacional de México, formada por los profesores del establecimiento, 1906*, p. 8.

para su estudio que aquellas que se distribuían en el primer piso. Era dentro de la primera sala de la segunda colección en la que se reporta que existía un escaparate en el que estaban expuestas piezas de Teotihuacan como se señala a continuación:

Escaparate 7.- Contiene diversos tableros con numerosos objetos procedentes de San Juan Teotihuacan y del valle de México (amuletos, cabecitas de barro, sellos de barro, cascabeles, núcleos de obsidiana, dardos de pedernal – sílex y pedernal.”⁴⁰

En esta misma sala también estaban colgados los ya referidos cuadros al óleo de Velasco titulados “Pirámides de Teotihuacan” y “Pirámide del Sol”, así como otros tres cuadros también al óleo, de unos frescos de Teotihuacan,⁴¹ que no pueden ser otros que copias de las primeras pinturas murales que encontró Batres en el Templo de la Agricultura. Además, en la denominada Sala VII en su sección llamada Escaparates Especiales Centrales, dentro de su Escaparate A se exhibía “Una olla polícroma de San Juan Teotihuacan”, que debe ser la ya referida pieza de la colección Gumecindo Mendoza del antiguo Museo Nacional que fue pintada en acuarela en 1884 por Velasco y también publicada por Peñafiel y Seler, la misma que hasta la fecha forma parte de las colección teotihuacana del MNA.⁴²

Hasta el año de 1922, en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, en su salón IV correspondiente a la Sección de Cerámica de su Departamento de Arqueología, existió una vitrina en cuyo interior estaban colocados los denominados “braseros rituales” que se extrajeron de las excavaciones practicadas en las cercanías de Santa Lucía Tomatlán, Atzacapozalco (Foto 12), mismos que fueron retirados ese año.

⁴⁰ Breve guía descriptiva del Museo Nacional de México, formada por los profesores del establecimiento, 1906, 22.

⁴¹ *Ibidem*, 20.

⁴² Pieza en bodega, INAH-MNA, 10-78202, MNA, 9.0-00756, recientemente se publicó en un catálogo en el que no aparecen los anteriores números de inventario y catalogación, véase en *Teotihuacan, Ciudad de los Dioses*, 2009: “Olla con la representación del Cerro de los Mantenimientos y mariposa. Cerámica, estuco y pigmentos 22.5 x 21”, 168.

Foto 12. Braseros teotihuacanos de Atzacapotzalco



(360567) Fototeca Nacional. Secretaría de Cultura.-INAH.-México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

Aún falta mucha más investigación de archivos para realmente conocer el tipo y número de objetos traídos desde Teotihuacan, su arreglo y disposición dentro de las vitrinas que existían en las salas del museo a finales del siglo XIX y durante las tres primeras décadas del XX.

También a principios del siglo XX, la colección de arqueología pasó por una serie de cambios acompañados por una retahíla de quejas expuestas por los arqueólogos involucrados. Por ejemplo, que el mobiliario de exhibición hecho en madera fue sustituido por muebles de mampostería, lo que imposibilitaba moverlos. Para aumentar el valor didáctico de la exposición, así como para comunicar al público en general

algunos de los resultados de las investigaciones más recientes, se colocaron cédulas explicativas en las salas en 1907, pero según un informe escrito por Jesús Galindo y Villa, la colocación fue hasta 1913, aunque muchas fueron retiradas o borradas.⁴³ Un cambio de mayor impacto fue la salida de las colecciones de historia natural, en enero de 1909,⁴⁴ que fueron enviadas al museo independiente en el edificio de la calle El Chopo, por lo que el museo de Moneda pasó a ser de arqueología, etnología e historia, exclusivamente.⁴⁵ Por más de un año, el edificio estuvo cerrado por motivos de su reorganización interior y remodelación con el fin de tenerlo listo para su reapertura para las fiestas del Centenario de la Independencia, y recibió el nombre más preciso de Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.⁴⁶

Encontramos un documento en el que, después de haber estado fuera del museo de 1906 a 1911, Jesús Galindo y Villa se lamentaba de los cambios mencionados y expresaba su desacuerdo con los nuevos criterios clasificatorios y de catalogación del americanista alemán Eduard Seler, quien hizo un inventario o catálogo de las colecciones en 1907.⁴⁷ En la opinión de Galindo y Villa, la clasificación que se debía seguir era la de su maestro don Francisco del Paso y Troncoso que era la siguiente: astronomía y cronología, mitología, objetos destinados al culto, juegos de pelota, monumentos conmemorativos, epigrafía, escultura y arquitectura.

Otro documento nos habla de la forma en que la salida de todas esas colecciones –de interés biológico– afectó a la exhibición de las piezas arqueológicas; es un informe de 1913 que Jesús Galindo y Villa, arqueólogo del departamento, envió al director del museo una vez que regresó a sus labores.⁴⁸

El informe, de hecho, comienza con las quejas de Galindo porque las colecciones de geología y paleontología se han retirado del museo, ya que en su opinión eran de vital importancia en los estudios prehistóricos. Después de quejarse de eso lanza duras críticas contra el catálogo de objetos arqueológicos del museo que hizo el excepcional americanista alemán Eduard Seler. Critica los criterios clasificatorios de Seler, por ejemplo, clasificar artefactos como de la civilización tolteca que, según él,

⁴³ AHMNA, Vol. 17, Exp. 25, fs. 228-236.

⁴⁴ Serra 1997, 7.

⁴⁵ Castillo Ledón 1924, 30; Castro-Leal *et al.* 1986, 11-12.

⁴⁶ Morales 1994, 43.

⁴⁷ Seler, 1907. Para conocer más sobre este inventario y los trabajos realizados por Seler en el Museo Nacional, véase Solís 2003, 216.

⁴⁸ AHMNA, Vol. 17, exp. 25, fs. 228-236.

era algo ya superado (el tiempo seguramente le quitó la razón), también afirma que dicha catalogación fue casi inútil.⁴⁹ Seguramente es también el único documento en el que se dice que debido a que Seler no se ajustó al formato del catálogo, el museo trajo a otra persona a trabajar, que por un documento del que hablaremos más adelante nos parece que es Batres. Sin embargo, Batres no parece disentir de los criterios aplicados por Seler en dicha época. Galindo se queja de que se hayan sustituido los criterios de clasificación que se usaban antes que, en su opinión, venían de propuestas hechas por don Francisco del Paso y Troncoso, de quien al parecer Galindo había sido alumno. En cambio, los criterios que privaron posteriormente fueron los de las clasificaciones que se pueden reconocer como los antecedentes directos de las formas de clasificar hoy en día, bajo criterios arqueológicos de tipologías de artefactos que evolucionan o cambian en el tiempo, estilística y tecnológicamente, producidas por industrias prehistóricas como la alfarería o las industrias de artefactos líticos.⁵⁰

Si hablamos de los cambios que se hicieron durante su ausencia del museo, dice que se cambió el mobiliario que había antes: pedestales y muebles de madera por pedestales de mamostería que imposibilitaba moverlos si es que así se requería. Además, las cédulas explicativas habían sido borradas o retiradas. En su opinión la clasificación que se debía seguir era la que había anteriormente, de la que ya hablamos.

El resto del documento más que una explicación de cómo estaba dispuesta la exhibición de la sección arqueológica es un catálogo de las piezas, en donde Galindo presenta parte de las mismas deficiencias que le atribuye al catálogo de Seler, que no son del todo ciertas, como, por ejemplo, no ser riguroso con el registro de la procedencia de las piezas y de la forma en la que el museo las adquirió. Es probable que este informe sea una versión de los catálogos en los que Galindo participó de las cuales varias ediciones fueron publicadas en la revista de *Anales del Museo* que funcionó, muy eficientemente durante décadas, como una publicación que informaba y en consecuencia registraba muchas de las actividades más relevantes que se llevaban a cabo en el museo.

En un documento de enero de 1918, Leopoldo Batres se dirige al director del museo para quejarse por los cambios que se han hecho a la exhibición de las colecciones arqueológicas y se justifican los criterios con los que la colección había sido organizada

⁴⁹ Nos parece por lo menos injusto ya que el trabajo que hizo Seler en el museo, al igual que la inmensa mayoría de sus obras, son de gran interés, aun en nuestros días. Lo explicaremos en la sección en la que hablaremos de la historia de la catalogación de la colección teotihuacana.

⁵⁰ Trigger 1992.

anteriormente. Igualmente, manifestaba su inconformidad de que se hubieran destruido las reproducciones de tumbas que él había explorado en Monte Albán, las que se encontraban en el patio principal del museo (Foto 13).

Foto 13. Reproducciones de tumbas de Monte Albán en el patio central del MNAHE



(F01A_00529_2) Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura.-INAH.-México. "Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia".

Finalmente, se inconformaba porque la colección que se había reunido de material falsificado hubiera finalizado en los "excusados de la servidumbre", ya que para él

dicha colección tenía un enorme valor para comprender de una manera más clara cómo ejecutaban sus obras los falsificadores de antigüedades.⁵¹

Esta serie de documentos en los que se da una clásica disputa discursiva académica es interesante de analizar ya que nos muestra o sugiere que parecen existir diversos niveles de conflicto. Como aún sucede entre académicos o estudiosos de nuestro pasado, las opuestas visiones –muchas veces teóricas– en cuanto a la disciplina arqueológica en general o sus diversas particularidades, pueden generar controversias. Por ejemplo, en una actitud tradicionalista o atrasada, el anteponer jerárquicamente a la historia, como disciplina científica sobre la arqueología, que es justo lo que parece insinuar el señor Galindo y Villa en sus críticas a Eduard Seler.

Parece que entre los académicos de los que hablamos había un total desacuerdo en el papel que jugaba la arqueología con relación a cómo se puede o no, a partir exclusivamente de la arqueología, investigar y conocer periodos de la historia que no sean escrutables a través de los medios que tiene la revisión documental histórica. Pese a que Galindo y Villa fue el encargado de la sección de arqueología del museo en varios periodos, parece ser que se alineaba más como un aliado político del director del museo, el connotado historiador Francisco del Paso y Troncoso, que como un verdadero arqueólogo, bien formado, actualizado y honesto. Dado que podría haber hecho algunas críticas puntuales al trabajo de Seler, como cuestionar que no siempre consignara los datos sobre proveniencia de las piezas, es algo razonable y casi descriptivo, sin entrar en mayores valoraciones. Sin embargo, cuando termina y concluye que el trabajo de catalogación de Seler es inservible y que comete graves errores al usar el término “tolteca”, es cuando parece que la crítica pasa a desplazarse a terrenos más injustificables académicamente y parecen acercarse más a cuestiones de relaciones y prestigio personal. Al igual que rematar con que eran mejores los criterios decimonónicos de la historia para presentar los restos arqueológicos como simple ejemplo o representación tangible de muchas de las afirmaciones que se redactaron en los primeros años posteriores a la conquista, así como en las interpretaciones de aquella época sobre los documentos de tradición mesoamericana que se conocían y estudiaban en ese entonces.

En ese sentido se podría decir, hoy en día, que quien claramente estaba siendo superado por el desarrollo de la arqueología era Galindo y Villa y no Seler. Galindo y Villa parece privilegiar, más que sus conocimientos y su deber de actualizarse en el desarrollo de la disciplina arqueológica, su relación personal y académica con

⁵¹ AHMNA, Vol. 29, Exp. 7, fs. 39-43. Consúltese su obra pionera sobre falsificación, Batres, 1910.

don Francisco del Paso, que además de haber sido su mentor se había vuelto su jefe. Además, del hecho casi obvio, de que la intromisión de Seler, en lo que Galindo consideraba como su posición, parece no haberle sentado muy bien.

En cambio, la actuación de Seler parece haber sido totalmente distinta. Por ser el mexicanista alemán más importante de aquella época, parece haber hecho el trabajo de catalogación en el museo como un verdadero ejercicio de investigación y por lo que nosotros pudimos ver cuando tuvimos la suerte de leer dicho documento, al igual que en otros ejemplos de su importante obra, estaba completamente enfocado en el estudio, sobre todo a través de la descripción y la interpretación, de iconografía mexica y de poder establecer relaciones entre estas composiciones iconográficas y los diversos pasajes mitológicos de los pueblos nahuas. Esto se puede notar con gran claridad en las secciones que Seler hizo sobre algunas de las piezas más importantes y antiguas de la colección mexica como pueden ser la Coatlicue y la Piedra del Sol. Realiza detalladas descripciones, tanto de la forma y momento en que dichas piezas fueron encontradas en el subsuelo, así como de las composiciones iconográficas que las adornan.⁵²

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, también hay que tomar en cuenta que Seler, probablemente conocía algunos de los adelantos escandinavos, sobre todo lo que Thomsen y sus discípulos en Dinamarca, y Montelius en Suecia, habían hecho en cuanto al desarrollo de estudios estilísticos y tipológicos de artefactos arqueológicos que, se había confirmado, tenían capacidades de conocer las evoluciones estilísticas y tecnológicas de la producción de artefactos en diversos materiales, aunque habría que confirmar esta posibilidad.

En el caso de las quejas de Leopoldo Batres, la poca comprensión sobre el desarrollo de la arqueología de quien desechó su colección de falsificaciones, parece un hecho, una vez más basado en la ignorancia de los avances que ya en esa época existían sobre los estudios tipológicos y estilísticos de las diversas industrias de artefactos, que por ser perspectivas desarrolladas en el siglo XIX por la arqueología más vanguardista, científicamente no eran comprendidos por los historiadores más tradicionales que les parecía que esos eran ejercicios inútiles, ya que no incidían en los hechos históricos y políticos que la historiografía más conservadora veía con mayor interés.

Por otro lado, están también las disputas personales y el choque de egos académicos de la época, que seguramente también alimentaban los problemas en las relaciones personales de estas figuras protagónicas del estudio del pasado en nuestro

⁵² Seler 1907.

país, ya que parece ser que las desavenencias entre don Francisco del Paso y Troncoso, sus discípulos y don Leopoldo Batres eran importantes, tanto así que parece que sus malas relaciones, tanto en el plano académico como en el personal, hicieron que éstas llegaran a ser del conocimiento público debido a que salieron a la luz en el complejo proceso logístico del traslado que realizó Batres de la estatua conocida como la Chalchitlicue (nombre en realidad equivocado, dado que ese era el nombre de una deidad mexica hermana de Tláloc, asociada a los cuerpos de agua menores o discretos).

El proceso de traslado de esta enorme escultura, que ha sido reinterpretada como la Gran Diosa de Teotihuacan, fue realmente toda una operación logística de grandes proporciones, en donde incluso Batres consiguió que una empresa ferrocarrilera instalara una vía férrea que entró por el sur de Teotihuacan, a través de la Calzada de los Muertos, hasta llegar a la plaza de la Luna, en donde yacía la gran escultura, que desde esa época representa una de las piezas más impactantes de la colección teotihuacana, pese a ser una escultura hecha con técnicas poco desarrolladas. Batres publicó un artículo en Francia sobre los trabajos alrededor de la gran escultura.⁵³

Un hecho también a destacar en las inconformidades de Batres es que lamenta que los cambios que se realizaron en ciertas temáticas de la exposición fueron anulados y, con el regreso de Galindo, la exposición volvió a las concepciones menos adelantadas del montaje original (al parecer las críticas iniciales de Galindo prosperaron). Todavía se veía a la arqueología como un apéndice menor de la historia que sólo podía aportar ejemplos físicos o en forma de antigüedades de hechos narrados en relaciones o anales históricos. Hecho un tanto retardatario en cuanto al desarrollo de la arqueología, que tristemente es un fenómeno que muchos de los investigadores más visionarios y vanguardistas han tenido que sufrir. De hecho, el propio Batres aplicaría criterios también jerárquicos y autoritarios con gente joven como Manuel Gamio, que posteriormente lo desplazaría como la figura central de la arqueología mexicana.

Cuando Gamio era un joven de unos 20 años, estudiante de arqueología en el Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnología, recibió el encargo de don Genaro García, entonces director del museo, de hacer una expedición arqueológica por el estado de Zacatecas, en la que recorrió varios municipios. Sin embargo, los hallazgos que más llamaron su atención fueron los que encontró cerca del poblado y cabecera municipal de Chalchihuites, en el occidente del estado. De esta forma, don Manuel Gamio, muy joven, hacía su primer descubrimiento arqueológico de importancia y se dedicó por una temporada a excavar los restos de Alta Vista, que de hecho sería

⁵³ Batres 1890.

una de las poquísimas excavaciones arqueológicas que realizarían investigadores mexicanos en el norte de México en el primer tercio del siglo xx.

Gamio excavó algunas de las principales estructuras del centro ceremonial de Alta Vista, como por ejemplo una gran escalera, que lleva su nombre, así como el salón columnado, de donde recuperó una interesante ofrenda de vasijas cerámicas, cuatro de las cuales son copas con algunas de las representaciones más antiguas de águilas devorando serpientes.

El hallazgo causó bastante atención de la prensa y la opinión pública, lo que seguramente hizo que la noticia llegara a Leopoldo Batres, que en su calidad de Inspector de Monumentos Arqueológicos del gobierno porfirista, suspendió las excavaciones, le confiscó la colección recuperada a Gamio y al museo, y prohibió más trabajos en Alta Vista, por lo que abandonó el sitio arqueológico a su suerte, sin ordenar que los restos excavados fueran cubiertos otra vez. Lo que generó una gran destrucción de las columnas del salón columnado, entre otras cosas.⁵⁴

Seguramente ese desencuentro, en el que Batres abusó de su poder, sin importarle las consecuencias personales o de la destrucción en Alta Vista, fue cuando se sembró la semilla de la discordia entre Gamio y Batres y no sólo eso.

Tal como lo describen, en un excelente artículo Haydée López y Elvira Pruneda, los desencuentros o conflictos que parecen haberse dado entre antropólogos e historiadores pudieron haber sido también por cuestiones institucionales; es decir, como puede también suceder hoy en día, que en ocasiones haya individuos de dos o más instituciones que tienen que interactuar, por tratar los mismos temas o compartir áreas de trabajo, como en el claro caso de Teotihuacan. El entusiasmo o ambición personal e institucional pueden generar estas competencias por intentar hacer quedar mejor a una institución, aunque esto genere conflictos.

En el caso de los conflictos de Galindo y Villa con Seler o con Batres, sería muy lógico, siguiendo la argumentación de López y Pruneda, que además de los conflictos a nivel teórico o académico, que hemos señalado, se hayan sumado estos celos institucionales, por llamarlos de alguna manera.

Por otro lado, estamos totalmente de acuerdo con las autoras cuando critican la ya tradicional y en nuestra opinión superada propuesta de autores, sobre la historia

⁵⁴ Medina y García Uranga, 2011.

de la arqueología mexicana, como Matos y Peña, en la que se hace casi una apología de Manuel Gamio como el único modernizador de la arqueología en México, por ser alumno de Boas en la Universidad de Columbia en Nueva York y el introductor del control estratigráfico en las excavaciones arqueológicas. Hechos, estos dos últimos, que son ciertamente reconocibles y que le dan un lugar de importancia a Gamio. Sin embargo, tal como lo acabamos de exponer nosotros, en la polémica de Galindo y Villa con Selser y Batres, la arqueología no sólo basó su evolución en la introducción del control estratigráfico en las excavaciones arqueológicas, sino que esta evolución también estuvo marcada por la innovación en las formas de analizar los materiales arqueológicos, elemento central en el desarrollo de la arqueología histórico-cultural, en el cual no sólo participó Gamio sino también figuras importantes como Selser o el propio Batres que fueron colaborando, aunque entre ellos se pudieran incluso odiar, para darle un desarrollo a la arqueología como disciplina científica que, entre otras cosas, haría que en unas pocas décadas se desprendiera de la paternidad que la historia, como disciplina, todavía ejercía sobre ella, para ser la disciplina científica social que reconstruyera la mayor parte de la historia de lo que ahora llamamos México y que gracias a ésta conocemos.⁵⁵

La creación del INAH y la reestructuración del Museo Nacional de Antropología de 1947

En 1939, con la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y con Alfonso Caso como su director; el museo se subdivide nuevamente para crear el Museo Nacional de Historia (MNH) en el Castillo de Chapultepec, que dejaba de ser residencia presidencial, y el de Antropología que permanecía en la calle de Moneda.⁵⁶ Alrededor de esta época se comienza a subdividir definitivamente la colección arqueológica por estilo o filiación cultural.⁵⁷

El museo en la calle de Moneda, a partir de ese momento denominado Museo Nacional de Antropología, se vio en la necesidad de incrementar sus colecciones arqueológicas y etnográficas por el retiro de las colecciones de historia, así como a hacer una remodelación completa de las salas de exhibición. Gracias este proceso, llegaron al museo colecciones tan importantes como alguna parte de la que había rescatado Caso en Monte Albán, Oaxaca, en los años treinta; u otros objetos

⁵⁵ López y Pruneda 2015.

⁵⁶ Serra Puche 1997, 8 y Solís 2004a, 80.

⁵⁷ Lombardo 1991, 8.

asociados a los descubrimientos arqueológicos y nuevas propuestas de periodos cerámicos en Teotihuacan,⁵⁸ que aclararon la evolución sociocultural del altiplano central mexicano y que ayudaron a comprender otros aspectos de la cultura teotihuacana que hasta ese entonces eran desconocidos. Por otro lado, la catalogación de las colecciones del museo fue iniciada por Alfonso Caso y un asistente en 1939 y fue terminada hasta 1944.

Desde el año 1944, los directivos del INAH plantean la necesidad de una actualización de las salas del museo; por primera vez se habla claramente de la creación de una sala teotihuacana al interior de él. Eduardo Noguera, entonces director del museo, le remitió el proyecto a Ignacio Marquina, director del INAH. En esta propuesta se enviaba una relación con las distintas salas que se crearían y las superficies que debían ocupar: la sección de monolitos que debía seguir siendo la famosa galería con 2268 m²; la de códices, 560 m²; la sección de joyas tendría tres salones con 75, 135 y 96 m² respectivamente; el salón mixteco tendría 712 m²; el teotihuacano, 129 m²; el de cerámica de la Ciudad de México, 258 m²; el tarasco, 224 m²; el totonaco, 135 m²; el salón zapotecco, 448 m²; el salón para las maquetas, 270 m²; el de jades con 141 m²; un salón para la cerámica de Sonora y Sinaloa, 92 m²; uno para materiales del periodo arcaico con 112 m²; uno para cerámica extranjera de 224 m²; otro para el “Complejo Tolteca”; el maya, 224 m²; el huasteco, 112 m²; y finalmente, el de materiales del estado de Guerrero con 112 m².⁵⁹

Sin embargo, es hasta el año de 1947, con Daniel F. Rubín de la Borbolla como director del museo, cuando se concretan las iniciativas para realizar la mencionada remodelación del museo. En marzo de 1947, por fin se decidió que el museógrafo y diplomático Fernando Gamboa –a quién le ayudó el arqueólogo Pedro Armillas– se encargaría de las salas de Teotihuacan, Tula, la de los aztecas y el salón de los monolitos, mientras que el artista y estudioso mexicano Miguel Covarrubias se ocuparía de la sala maya, la del traje indígena y de la olmeca.⁶⁰

El arqueólogo Pedro Armillas recuerda su segundo encuentro con Fernando Gamboa y como su colaborador cuando se decidió que la segunda sala a instalar en el museo de Moneda era la de Teotihuacan. El diplomático mexicano, que comulgaba con el pensamiento marxista, al igual que el arqueólogo de origen español refugiado

⁵⁸ En 1944, el arqueólogo Pedro Armillas publicó su propuesta de periodos de la cerámica teotihuacana, véase: Armillas 1991a [1944], 79-90.

⁵⁹ AHMNA, Vol. 136, Exp. 16, fs. 140-146.

⁶⁰ AHMNA, Vol. 146, Exp. 20, fs. 188-192.

y formado en México, comenzó a hacerle una serie de preguntas, quizá para llevar a cabo la preparación de un guion museográfico encaminado para su puesta en exhibición. Así recordó Armillas las preguntas y el interrogatorio que le hizo Gamboa:

“... qué sabemos sobre la base económica de Teotihuacan?” y sabíamos muy poco, de eso no había nada. “¡Pero ahí debió de haber algo!” Y ahí, incluso en la sala que quedó esta idea de que Teotihuacan no era simplemente las pirámides sino también una vida urbana. En fin, me apretó, que descubrí cosas que apenas había notado. En mis excavaciones de Teotihuacan, había pensado que había residencias, porque en algunos patios habían encontrado residencias, porque en algunos patios había encontrado metates. Eso generalmente se tiraba, quedaba con los escombros o se arrinconaba en el museo sin anotar donde estaba. Indudablemente había gente que vivía y comía allí y tenían que encontrar metates. De manera que él me preguntaba: “bueno ¿agricultura?”, pues se supone que tenían allí cultivos, pero cuál era la evidencia. Bueno, yo había encontrado mazorcas de maíz... esto me obligó a escudriñar, por ejemplo, viendo las pinturas en un friso se ve un campo, incluso chinampas, el agua, campos irrigados, una serie de plantas de maíz. Así instalamos esa sala que era gran novedad, en la presentación.⁶¹

En opinión de Rubín de la Borbolla: “Se convino simplificar la forma de las exhibiciones, dando un orden cultural a los salones, cambiarlos de los pisos en que actualmente se encuentran.”⁶² Es decir, que la renovación sería exclusivamente museográfica y no arquitectónica, cosa que quedaba igualmente clara sin la participación de un arquitecto.

Gracias a la riqueza documental que guarda el Archivo Histórico del MNA podemos ver que hubo un proceso de renovación de salas del museo, que además de que no nos parece haberla visto referida en otro texto que hable de la historia del museo, resulta un claro antecedente de la construcción del nuevo edificio del MNA en el Bosque de Chapultepec. No sólo porque los separan menos de 20 años sino porque muchas de las personas involucradas en esta primera remodelación años después también participaron en la museografía de las salas que se hicieron en el nuevo museo. La remodelación representó en realidad el nacimiento de las salas del museo divididas por filiación histórico-cultural, así como la creación de la Sala Teotihuacan del MNA. Rubín de la Borbolla había manifestado que se daría preferencia

⁶¹ Véase entrevista realizada por Durand 1987, 125.

⁶² AHMNA, Vol. 146, Exp. 20, fs. 189.

a los salones olmeca, teotihuacano, tolteca, azteca y “El salón de los monolitos será descongestionado, pintado e iluminado”.⁶³

Uno de los elementos a los que se dio gran énfasis en este periodo, fue la iluminación de las piezas a exhibirse. Existe también entre los documentos relacionados con esta renovación un proyecto de iluminación de las diversas vitrinas y piezas de las salas por parte de Fernando Gamboa, quien seguramente por sus tareas diplomáticas en Europa conocía los montajes de algunos de los museos más importantes del mundo.⁶⁴

Con la intención de ampliar y enriquecer la muestra de objetos teotihuacanos y de otras antiguas culturas, Rubín le mandó cartas al pintor Diego Rivera y al poeta Carlos Pellicer, para pedirles prestadas piezas arqueológicas de sus respectivas colecciones,⁶⁵ pero desconocemos si realmente el famoso pintor mexicano y el reconocido poeta tabasqueño colaboraron con dichas piezas. Así mismo, en 1946, el mismo Rubín de la Borbolla solicitó a Alfonso Caso que diera instrucciones para el transporte de algunas piezas de grandes dimensiones de Teotihuacan al museo de Moneda. En su solicitud escrita se refirió a una placa de barro fragmentada con el emblema de Tláloc, la que sin lugar a duda corresponde a la plancha de barro o almena que muestra dentro de un círculo el glifo conocido como “bigotera del Dios Tláloc, Tláloc B o de las Tormentas, que Batres encontró en unos terrenos al sur de la Pirámide del Sol y que yacían sobre el esqueleto de un niño. Además de la anterior pieza, también solicitó que se trajera desde el Museo de Teotihuacan, una cabeza de muerte en piedra,⁶⁶ la que sólo puede ser uno de los dos cráneos rojos esculpidos en piedra con lengua hacia afuera y un moño amarrado en la nuca que hoy se encuentran en sala teotihuacana del MNA, y de los que Batres recuperó juntos con otras esculturas entre el escombros que retiró de la cara poniente y al pie de la plataforma adosada de la Pirámide del Sol.⁶⁷ Desconocemos si a partir de la solicitud enviada por Rubín de la Borbolla a Alfonso Caso se trasladaron esas dos piezas al MNA, lo que sí es un hecho es que ambas hoy se exhiben en la sala teotihuacana. Un año después, el mismo Rubín publicó su artículo ya referido sobre la excavación en el año de 1939 de las dos ofrendas encontradas al pie de las escalinatas del Templo Nuevo y Viejo de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela de Teotihuacan, en el que señaló que los artefactos hallados en ellas se exhibían en el “...Museo de la Zona Arqueológica

⁶³ AHMNA, Vol. 146, Exp. 20, fs. 188-192.

⁶⁴ AHMNA, Vol. 146, Exp. 22, f. 209.

⁶⁵ AHMNA, Vol. 140, Exp. 27, fs. 229-231.

⁶⁶ AHMNA, Vol. 140, Exp. 26, 229-231.

⁶⁷ Batres 1906.

de Teotihuacan, y en la Sala de la Cultura Teotihuacana, del Museo de Antropología”,⁶⁸ y una parte de ellos, como ya señalamos, se continúan exhibiendo dentro de una vitrina en la sala teotihuacana del museo en el Bosque de Chapultepec.

Estancias

En el mismo Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología hay un documento fechado en el año 1952, que describe la forma de organización de la Sala de Teotihuacan –la que según Armillas fue toda una novedad en su presentación–, así como de las piezas que había en cada sección. Además hay un plano de la ubicación de cada sección o ‘estancia’ con un total de siete, mismas que se describen a continuación.⁶⁹

La “Estancia I” era el área introductoria de la sala en la que se encontraban algunas fotografías de monumentos escultóricos y arquitectónicos de Teotihuacan tales como la Pirámide de la Luna o de las esculturas de la fachada del Templo de Quetzalcóatl, al igual que un fotomontaje para la escultura monumental que se ha llamado la “Chalchitlicue”.

El tema de los objetos exhibidos en la “Estancia II” era la economía de la antigua ciudad, con una vitrina que presentaba productos agrícolas y utensilios para la preparación de alimentos. En otra vitrina se mostraban artefactos de hueso como punzones y agujas, así como algunos objetos en piedra como un cincel. En esta sección también había una copia a colores de un fragmento del mural pintado al fresco en el Palacio de Tetitla, que no era otro que el hombre-jaguar reticulado que se encuentra arrodillado frente a un templo.

En la “Estancia III” se exhibían objetos relacionados con la religión, el culto a la muerte y la ciencia médica. En la primera vitrina había figurillas y cabezas de ellas con representaciones de dioses como Huehuetéotl y Tláloc. En la segunda vitrina se presentaban 10 cabecitas cerámicas con anteojeras del periodo Teotihuacan IV (cronología cerámica de Armillas), una máscara de Huehuetéotl y otra pequeña máscara con mica en los ojos. La tercera vitrina mostraba varias ollas del dios Tláloc y una placa de barro con la representación de la misma deidad de frente y que portaba un gran tocado. Esta pieza que también se exhibe en la actual Sala de Teotihuacan

⁶⁸ Rubín 1947, 61.

⁶⁹ “Catálogo de objetos que se exhiben en la Sala de Teotihuacán”, AHMNA, Vol. 163, Exp. 12, fs. 49-58, planos 1.

del MNA, es una de las dos almenas con la “representación en relieve de Tláloc”, que Gamio reportó que se extrajeron entre los escombros del conjunto denominado “Templo de Tláloc” o “Exploraciones de 1917”.⁷⁰ Pero no queda claro quién trasladó dichas piezas al museo de Moneda.

La “Estancia IV” estaba dedicada a la pintura mural y presentaba un dibujo reconstructivo de la ciudad y también una reproducción en papel de las pinturas descubiertas en los muros de una antigua residencia teotihuacana en Tepantitla, la que pintó Agustín Villagra con la ayuda del pintor Mateos Saldaña. En otra vitrina anexa se mostraban varias vasijas de cerámica estucadas y pintadas también procedentes de Teotihuacan.

En la “Estancia V” había material arqueológico asociado con el periodo II (cronología Armillas), que evidencia que dentro de la museografía de esa época no sólo se tomó en cuenta un criterio para la organización de la sala, con base en temáticas de actividades sociales, sino que gracias a las excavaciones, con un registro controlado en Teotihuacan, ya se comenzaban a perfilar las fases cronológicas en las que se dividía el desarrollo histórico de la ciudad, así como los materiales asociados estratigráficamente a dichas fases.⁷¹ Algunos de los recursos y objetos que se exponían en dicha área eran por ejemplo, una comparación entre las pirámides de Teotihuacan y las de Egipto,⁷² una almena de Tláloc de la que no se dan más detalles, y también una vitrina con lo que se titulaba como la ofrenda a Quetzalcóatl, que con certeza era el material que hallaron Caso y Rubín de la Borbolla durante las excavaciones de 1939 supervisadas por José R. Pérez al pie de las escaleras del Templo Viejo y Nuevo de la Serpiente Emplumada al interior de La Ciudadela.⁷³

La “Estancia VI”, cuya temática giraba en torno a los elementos arquitectónicos, presentaba a través de una serie de fotografías edificios entre los que destacaban

⁷⁰ Gamio 1979 [1922], Vol. I, pp. LXIV-LXV.

⁷¹ La información atrás de esa museografía se apoyaba en los magistrales artículos de Armillas sobre su propuesta de periodos cerámicos en Teotihuacán y su historia de la arqueología y excavaciones de 1922 a 1950, véase en sus obras 1991a [1944], 77-98 y 1991c [1950], 193-231. Para comprender con mayor profundidad la arqueología e interpretación desarrolladas en la década del cuarenta del siglo XX alrededor de Teotihuacán, referirse al excelente artículo de Brambila 1993, 15-35.

⁷² Uno de los investigadores pioneros que a través de sus investigaciones de campo y excavaciones arqueológicas en los montículos del Sol y de la Luna en Teotihuacan intentó entender estas supuestas relaciones entre Teotihuacan y Egipto fue el ya mencionado Ing. García Cubas, consúltese: García Cubas, 1872, 1874 y 1997a [1872].

⁷³ Rubín 1947, 61-72 y Pérez 1997, 488-498.

imágenes de la Pirámide de la Luna y de La Ciudadela. Dentro de una vitrina se exponían diversos artefactos involucrados en la construcción y decoración de edificios como son pulidores de estuco, una plomada, un marcador de juego de pelota y un par de almenas.

En la “Estancia VII”, que era la última del recorrido, se exhibían objetos asociados a las fases más tardías de la historia de la ciudad que por esos años entre los arqueólogos mexicanos denominaban numéricamente como los periodos III y IV. La mayor parte de las piezas eran cerámicas, aunque también había máscaras antropomorfas que califican como funerarias, pero destaca la presencia, en una de las vitrinas de la sección, de lo que se denomina un yugo totonaco encontrado en Teotihuacan.⁷⁴

La planta de la sala teotihuacana del viejo museo estaba formada por tres cuartos en fila o en un mismo eje en donde estaba la mayor parte de la muestra, a lo que antecedía un cuarto amplio que era la sección introductoria en la que estaban las estancias I, II y III.

Conclusiones preliminares

En la primera parte de este recorrido por la historia del Museo Nacional, primero Mexicano, después de Arqueología, Historia y Etnología y, finalmente, de Antropología, centrado en la sección de arqueología y en la sala y colección teotihuacanas, hemos podido ver la evolución que hubo desde 1825 hasta 1947, en la que se comenzó por reunir y conservar un gabinete de antigüedades mesoamericanas, especialmente de filiación mexicana, prácticamente sin clasificar, con base en criterios arqueológicos. Posteriormente, a medida que fueron creciendo las colecciones y se fueron mejorando los espacios de exhibición de las colecciones se pudieron establecer secciones con cuartos independientes para las diversas especialidades o disciplinas, con lo que la sección de arqueología, hacia 1880, ya tenía su sala o cuarto independiente y diversas estanterías o vitrinas para sus colecciones, las que ya estaban divididas por algunos criterios geográficos o culturales. Sin embargo, también vimos cómo estos criterios de clasificación de las colecciones arqueológicas, así como la forma de analizar los materiales arqueológicos, en general y probablemente la relación de superioridad de la historia frente a la arqueolo-

⁷⁴ Dentro de la colección teotihuacana que existe hoy en bodega hay dos fragmentos de yugos en piedra verde, uno de ellos procede del interior de la Pirámide del Sol, INAH-AMN, 10-646865 y MNA9.0-03317, del otro se desconoce su procedencia, INAH-MNA, 10-646874 y MNA, 9.0-8564.

gía eran temas que generaban agitadas polémicas entre los especialistas, por decir lo menos. En esta primera parte, vimos la constante evolución del MNA hasta 1947, año en que, enviadas las colecciones históricas al Castillo de Chapultepec, se reformó el museo y se crearon diversas salas para la sección arqueológica divididas por criterios de filiación cultural, acciones que verían la creación de la sala teotihuacana, que sería montada por dos intelectuales excepcionales de la arqueología y la museografía, Pedro Armillas y Fernando Gamboa, respectivamente, que diseñaron y montaron una muestra de la cultura teotihuacana con grandes adelantos en el conocimiento de la “Roma mesoamericana”, en cuanto a sus industrias artesanales, agricultura, arquitectura, religión, etc. —

Referencias

- Achim, Miruna. 2011a. “Las llaves del Museo Nacional.” *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, Pablo Escalante Gonzalbo (coordinador), 152-165. Colección el Patrimonio Histórico y Cultural de México (1810-2010), Tomo II, México: Conaculta
- Achim, Miruna. 2011b. “La Piedra del Sol.” *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, Pablo Escalante Gonzalbo (coordinador), 182-187. Colección el Patrimonio Histórico y Cultural de México (1810-2010), Tomo II, México: Conaculta.
- AHMNA-INAH. Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología - México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Armillas, Pedro. 1991a. [1944] “Exploraciones recientes en Teotihuacan.” *Pedro Armillas: Vida y obra*, Teresa Rojas Rabiela (editora), 77-98. Vol. I, México: Ciesas (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social).
- Armillas, Pedro. 1991b. [1947] “La serpiente emplumada, Quetzalcoatl y Tlaloc.” *Pedro Armillas: Vida y obra*, Teresa Rojas Rabiela (editora), 127-141. Vol. I, México: Ciesas (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social)-SEP.
- Armillas, Pedro. 1991c. [1950] “Teotihuacán, Tula y los toltecas. Las culturas post-arcaicas y preaztecas del centro de México. Excavaciones y estudios, 1922-1950.” *Pedro Armillas: Vida y obra*, Teresa Rojas Rabiela (editora), 193-231. Vol. I, México: Ciesas (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social)-SEP.
- Batres, Leopoldo. 1886. *Teotihuacan ó la ciudad sagrada de los toltecas*, monografías de arqueología mexicana, edición bilingüe (inglés y español), México: Talleres de la Escuela N. de Artes y Oficios, Ex-convento de San Lorenzo, 9 láminas.
- Batres, Leopoldo. 1890. “Archéologie Mexicaine. Le monument de la déesse de l’eau.” *La Nature*, no. 880, año XVIII (7 de junio de 1890): 263-266.
- Batres, Leopoldo. 1906. *Teotihuacán: memoria que presenta Leopoldo Batres, al xv Congreso Internacional de Americanistas...*, México: Imprenta de Fidencio S. Soria, 1.ª Calle Ancha, 1031.
- Batres, Leopoldo. 1910. *Antigüedades Mejicanas Falsificadas, Falsificación y Falsificadores*. México: Imprenta de Fidencio S. Soria, 6a de San Juan de Letrán 109.
- Bernal, Ignacio. 1979. *Historia de la Arqueología en México*. México: Porrúa, 103 láminas.
- Brambila, Rosa. 1993. “Historia y Bibliografía de Teotihuacán en los años cuarenta.” en *II Coloquio Pedro Bosh-Gimpera*, María Teresa Cabrero G. (compiladora), 15-35. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- Breve guía descriptiva del Museo Nacional de México, formada por los profesores del establecimiento, 1906*. México: Imprenta del Museo Nacional.
- Castillo Ledón, Luis. 1924. *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925*. México: Talleres Gráficos del Museo Nacional.
- Castro-Leal Espino, Marcia et al. 1986. *Guía Oficial, Museo Nacional de Antropología, a todo color*. México: INAH, Salvat.

- De León y Gama, Antonio. 2009. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*. (Facsimil de la 2.^a edición de 1832). México: CNCA-INAH.
- Díaz de Ovando. 1990. *Memoria de un debate (1880), la postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*. México: UNAM (Colección Divulgación Instituto de Investigaciones Estéticas)
- Díaz Oyarzabal, Clara Luz. 1991a. *Cerámica de sitios con influencia teotihuacana*. Catálogo de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. México: INAH.
- Díaz Oyarzabal, Clara Luz. 1991b. *Materiales arqueológicos de la Plaza Bancomer Coyoacán*. Catálogo de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. México: INAH.
- Durand, Jorge. 1987. "Entrevista." *La aventura intelectual de Pedro Armillas*. Presentación y edición de José Luis Rojas, 111- 152. México: el Colegio de Michoacán.
- Florescano, Enrique e Isabel Gil. 1981. "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808." En *Historia General de México. T. I*, 471-589. México: Colegio de México.
- Galindo y Villa, Jesús. 1896. *Breve Noticia Histórica-Descriptiva del Museo Nacional de México*, por encargo de la Dirección del mismo establecimiento. México: Imprenta del Museo Nacional de México.
- Gamio, Manuel. 1979 [1922]. *La población del valle de Teotihuacan*, 5 [I, II, III, IV, V], Vols., Colección Clásicos de la Antropología Mexicana, no. 8. México: Instituto Nacional Indigenista.
- García Cubas, Antonio. 1872. "Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas." *Anales de la Sociedad Humboldt, Vol. I*, imprenta de Ignacio Escalante, México. 49-63, 79-89 y 94-98.
- García Cubas, Antonio. 1874. *Escritos diversos, 1870-1874*, México, imprenta de Ignacio Escalante, México: Bajos de San Agustín, no. 1.
- García Cubas, Antonio. 1997a. "Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas, que dedica al señor licenciado Don Ignacio Ramírez en testimonio de su Gracitud el ingeniero Antonio García Cubas." *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan, proyecto historia de la arqueología de Teotihuacan*, Roberto Gallegos Ruiz (coordinador), José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Gabriel Pastrana Flores (compiladores), 200- 251. México: INAH (Colección Antologías, serie Arqueología).
- Guía Oficial*. 1989. *Museo Nacional de Antropología*, a todo color, México: INAH-Salvat.
- Herrera, Ignacio. 1997. "Compendio de la historia de Teotihuacan", *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, Roberto Gallegos Ruiz (coordinador), José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Gabriel Pastrana Flores (compiladores), 181-186. México: INAH (Colección Antologías, serie Arqueología).
- Lahirigoyen, María Trinidad. 1992. *Catálogo del Archivo Histórico (1831-1936) Volumen I*. Museo Nacional de Antropología, CNCA. México: INAH.
- Lombardo de Ruiz, Sonia. 1991. "Presentación." En *Cerámica de sitios con influencia teotihuacana*. Clara Luz Díaz Oyarzabal, Catálogo de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología, 7-9, México: INAH.
- López Hernández, Haydée y Silvia Pruneda Gallegos. 2015. "Dimes y diretes: Polémicas sobre la práctica arqueológica en México." En *Trace 67*, (junio 2015): 39-61.
- Medina González, José Humberto y Baudelina García Uranga. 2011. *A 100 años de su descubrimiento Alta Vista*. México: INAH-Gobierno de Zacatecas.
- Mendoza, Gumecindo. 1877. "Teotihuacan." *Anales del Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnografía*. 1.^a época, Vol.2: 186-195.
- Morales Moreno, Luis Gerardo. 1994. *Los orígenes de la museología mexicana, fuentes para el estudio del Museo Nacional de México, 1780-1940*, Departamento de Historia. México: Universidad Iberoamericana.
- Pérez, José R. 1997. "Informe de los trabajos de Alfonso Caso y José R. Pérez"., en *Antología de Documentos para la Historia de la arqueología de Teotihuacan*. Roberto Gallegos

- Ruiz (coordinador), José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Gabriel Pastrana Flores (compiladores), 488-498. México: INAH (Colección Antologías, serie Arqueología).
- Peñafiel, Antonio. 1900. *Teotihuacan. Estudio histórico y arqueológico*, prólogo de Alfredo Chavero, ed. Trilingüe (inglés, francés y español, México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 67+67+67, 91 p.
- Rico Mansard, Luisa Fernanda. 2004. *Exhibir para educar, objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*. Barcelona-México: Conaculta-INAH-Centro de Estudios sobre la Universidad (UNAM)-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco-Ediciones Pomares.
- Rubín de la Borbolla, Daniel Fernando. 1947. "Teotihuacan: Ofrendas De Los Templos De Quetzalcóatl." *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 6 (2): 61-72. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/7013>.
- Sánchez, Jesús y Gumersindo Mendoza. 2002. "Catálogo de las Colecciones Histórica y Arqueológica." En *Anales del Museo Nacional de México, Colección completa 1877-1977*, 1.ª época, tomo II, (originalmente publicado en 1882), México: INAH-Fundación Mapfre Tavera.
- Seler, Eduard. 1907. *Catálogo de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional*. Archivo de la Bodega de la Subdirección de Arqueología del MNA, mecanoscrito.
- Seler, Eduard. 1998 [1915]. "The Teotihuacan Culture of the Mexican Highlands", *Eduard Seler, Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, Vol. VI, Figures 1-265, Plates I-LXXXI, English Translations from German Papers *Gesammelte Abhandlungen Zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, Made under Supervision of Charles P. Bowditch, Published with Permission of Tozzer Library, Peabody Museum, Harvard University, with Slight Emendations to Vol. V and VI, Edited by J. Eric Thompson and Francis B. Richardson and Illustrated with all the Original Figures, Maps, Plates and Photographs, 180- 267.
- Serra Puche, Mari Carmen. 1997. "El Museo Nacional de Antropología." *Arqueología Mexicana*, Vol. IV, no. 24 (marzo-abril): 4-10.
- Solís Olguín, Felipe. 2003. "Eduard Seler y las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de México." *Eduard y Caecilie Seler, Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*, Renata von Hansffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos (editoras), 211- 222. México: UNAM-Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Instituto de Investigaciones Históricas-INAH-Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas, A. C.-Ediciones Gráficos Eón.
- Solís Olguín, Felipe. 2004a. "Azares y Aventuras de las colecciones del Museo Nacional de Antropología." *Museo Nacional de Antropología, México, Libro Conmemorativo del cuarenta aniversario*, 59- 83. México: DGE/Equilibrista Turner.
- Teotihuacan, Ciudad de los Dioses, 2009. In memoriam Felipe Solís Olguín (1994-2009)*, México: INAH.
- Trigger, Bruce. 1992. *La historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Editorial Crítica.

Agradecimientos

Queremos externar nuestro más sincero agradecimiento, por su amable y eficiente atención, a Ana Luisa Madrigal Limón, encargada del Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA); a Jaime Eduardo Mendoza Ruiz del mismo AHMNA; a Gabriela Mota y Arturo Lechuga de la Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia; y al personal de la Subdirección de Permisos y de la Ventanilla Única de la Coordinación Nacional de Asuntos Jurídicos del INAH.